

Recuerdos sobre las jornadas vividas en Orgaz con motivo de la llegada de una imagen de la Virgen de Fátima en el mes de mayo de 1949, en el marco de la peregrinación celebrada por los pueblos del Arciprestazgo de Toledo.

[...]

Después de mi Primera Comunión, que supuso un gran acontecimiento en mi casa, poco a poco se fue volviendo a la normalidad propia de cualquier mes de mayo. Sin embargo, sucedió algo muy especial en aquel año 1950: la venida a España desde Portugal de la imagen de la Virgen de Fátima.

Todas las ciudades prepararon grandes actos de recibimiento de aquella imagen que peregrinaba de ciudad en ciudad, acogida por un fervor popular tan intenso, como el que siempre ha despertado en los españoles la Madre de Dios.

Orgaz no fue una excepción como era de suponer. Cuando se anunció el día de la llegada todas las faenas quedaron supeditadas al recibimiento que nadie quería perderse. Ni los más creyentes, ni los más alejados de la religión querían faltar a su acogida, ni a los actos marianos que se desarrollarían durante el día que iba a permanecer con nosotros.

Las fachadas de las casas se jalbgaron en honor de la Virgen y con esa actitud se ponía de manifiesto un espíritu de día grande y máximo honor, para la excelsa persona que nos visitaba. Por encima de todo, estaba el pensamiento de aquel pueblo llano, sencillo y de corazón afectuoso, que de esa manera quería dar a la Madre de Dios la mejor bienvenida.

No podía ser de otra forma en un pueblo especialmente mariano desde hace siglos, como así se muestra todavía en los muchos dinteles de las puertas de las casas, donde desde el año mil setecientos aparecen cinceladas en sus piedras la leyenda "Concebida sin pecado original".

La imagen de la virgen entraría en nuestro pueblo procedente de Mora, por la calle de los Mártires, pero antes de ir a la iglesia haría un recorrido por las calles más importantes.

Al llegar a las primeras casas del pueblo, la delegación que desde el pueblo vecino acompañaba a la imagen de la Virgen, hicieron un acto protocolario de entrega al párroco de Orgaz, que de esa forma se hacía cargo de su custodia y responsable de los actos que se celebrarían. En ese momento los asistentes estallaron en cánticos de júbilo, con la música

del Ave María de Fátima, pero con múltiples estrofas que en cada lugar se habían inventado.

Las luces del pueblo se apagaron y comenzó un recorrido procesional con la emoción que siempre tiene la oscuridad.

Esa oscuridad se rompía bruscamente por los cuatro focos de considerable potencia, conectados a unas baterías de tractor, que iban adosados entre azucenas blancas a las andas que portaban a la Virgen, produciendo una fuente de luz en el rostro de nuestra Madre, que resaltaba de forma especial en la negrura de la noche que nos rodeaba.

Con este ambiente mariano al que el pueblo español ha sido siempre muy propicio, comenzaba un paso lento que impedía avanzar a la imagen por las calles de su recorrido. Las ventanas estaban abiertas y en sus rejas colgados grandes ramos de flores, que esa tarde habían recogido en el campo. Los balcones engalanados con lienzos de color azul celeste o blancos y los cánticos que hacían enronquecer las gargantas, pero no cesaban.

La gente esperaba que se repitiesen los milagros que se habían producido en otros pueblos. Con esa expectación, muchas familias soltaban palomas que al paso de la Virgen volaban a posarse a sus plantas, en medio de la alegría popular y el asombro de los niños. Todos quedaban maravillados y la procesión ponía rumbo a la iglesia, rodeada de un profundo fervor mariano y de un auténtico bando de palomas posadas a sus plantas.

A la mañana siguiente todo el pueblo narraba lo sucedido como un hecho extraordinario y se lo contaba con todo tipo de detalle a los pocos que no pudieron presenciarlo.

Yo con siete años tenía la misma sensación de haber presenciado un hecho quizá milagroso, pero en un determinado momento escuche al abuelo que comentaba con alguien, con toda lógica y naturalidad, que las inocentes palomas necesariamente desorientadas al ser soltadas al vuelo en plena oscuridad, buscaban refugio en el único punto iluminado de la noche. Seamos bien pensados y supongamos que la Virgen también quería hablarnos con aquellos signos.

El día siguiente fue netamente Mariano, lleno de actos de exaltación de la devoción a la Virgen de Fátima. Hubo solemnes rosarios recorriendo las calles del pueblo, humildes pero muy sentidas ofrendas florales que rodearon a María, de todo el amor de las gentes sencillas que le confiaban sus preocupaciones, le exponían sus necesidades más importantes y les encomendaba a sus hijos en medio de tantas inquietudes.

A la Virgen también le llevaron muchos enfermos, algún paralítico y otros casos dolorosos. Todos salían esperanzados ante la dulce mirada de la Señora de Fátima.

Durante todo el día hubo turnos de vela de las distintas cofradías de Orgaz, que competían por permanecer más tiempo con la Virgen. Al empezar a caer la tarde nos congregamos en la iglesia en un gran Acto Mariano de despedida, donde afloró todo el espíritu enfervorizado, que prometió a la Virgen responder a la gran petición que iba repitiendo en todos los pueblos: Rezad el Rosario.

Con estos compromisos adquiridos y con la emoción a flor de piel, el pueblo fue empezando a sentir la tristeza de la despedida y caminando con mucha nostalgia partimos hacia la carretera de Toledo, donde una comitiva de Orgaz llevaría a la Virgen a Sonseca, con el mismo ritual con el que el día anterior la habíamos recibido.

Al partir el coche con la imagen de María, una plaga de pañuelos blancos se dirigía hacia ella en la oscuridad, lo mismo que el día anterior lo habían hecho las palomas atraídas por los focos. Ahora no, ahora las personas habían entregado un pedazo de su corazón a la Virgen. Por un día, desde su ermita la Virgen del Socorro había compartido su devoción con la de Fátima, en los corazones de sus hijos de Orgaz.

La noche se iba imponiendo. Ya se oía los grillos confundir su canto con el de los alacranes y a lo lejos el chorlito nos anunciaba un día de sol. A nuestro alrededor los atrevidos murciélagos nos daban inocentes pasadas, como diciéndonos que ya era hora de recogerse. Aquella gente volvía a su casa y antes de guardar su pañuelo limpio en el bolsillo, lo pasó una vez más por sus ojos para secar su última lágrima.

[...]